
No es un adiós...

Abelardo Carro Nava

Maestro en educación. Docente de la Escuela Normal “Profesora Leonarda Gómez Blanco” de Tlaxcala, Tlaxcala. lalitonan8@gmail.com

Con el transcurrir de los años, la docencia adquiere un sabor diferente. La nostalgia de aquellos años mozos invade nuestra mente y alma, porque las imágenes una y otra vez se convierten en recuerdos. No es para menos dedicar cuatro décadas ininterrumpidas con total entrega a una labor que, con el transcurrir del tiempo, se ha desvalorizado en demasía; no es nada sencillo; mejor aún, mantener una trayectoria intachable, sin un ápice sombrío que empañe el quehacer en las aulas y en las escuelas, es digno de admirarse y reconocerse. Espero que estas líneas puedan ser un homenaje que colabore en esto que refiero.

Las primeras generaciones, los primeros centros educativos, los primeros años de servicio. Todo un cúmulo de historias que darían para escribir algunos libros cuyo contenido sería un magnífico tesoro para quien busque sabiduría y las mejores prácticas educativas. ¿No acaso la docencia se nutre de aquellas figuras que, con su andar, dejan una profunda huella en las personas que alguna vez tuvieron la oportunidad de escuchar algunas de sus lecciones, emplear algunos de sus materiales o, simplemente, escuchar algunos de sus buenos consejos?

Es cierto, el cúmulo de experiencias se convierte en un excelso conocimiento, tan necesario en estos días, donde la vida transita a pasos agigantados y la escuela parece haberse detenido en el tiempo. No obstante, e independientemente de este letargo, ahí se encuentran ellas y ellos, mujeres y hombres cuya convicción y vocación resulta por demás encomiable. Son una suerte de superhéroes que logran lo inimaginable en momentos donde la superficialidad e inmediatez cobran fuerza debido al uso constante de los medios de comunicación y la practicidad con la que los padres de familia ven en la escuela a una guardería.

–¡Cómo han pasado los años! –me dijo esa maestra con esta nostalgia que conocemos muy bien los que nos adentramos en estos misteriosos caminos de un puerto llamado docencia.

Sí, cómo han pasado los años, en un abrir y cerrar de ojos la vida se dibuja y desdibuja mientras se aproxima el impostergable adiós tan temido y no sé si tan esperado. Un adiós que marcaría el fin de ese transitar por aquellas veredas llenas de tropiezos y de sueños.

¿Cuántos de nosotros no habremos escuchado aquellas palabras que hablan de una jubilación inminente? A veces con pesar, pero otras con la lucidez que muy probablemente se requiere para tomar una decisión de tal envergadura, se convierten en palabras que nos hacen pensar y repensar el camino andado, sabedores de que el día de mañana llegará nuestro momento. El momento nunca proyectado. ¿Quién en su sano juicio, en la firma de su contrato o nombramiento, podría siquiera imaginar el día en que se jubile?

–¡Pero mira qué cosas, cuánto has logrado *con tus niñas y niños!* –le dije, intentando con ello reconocer todo lo que había hecho en esos cuarenta años de servicio, a sabiendas de que no había palabras que logran ese cometido.

No dijo nada; ella siempre ha sido una mujer de pocas palabras y más si de su quehacer se trata.

Ahora que menciono esto, y también lo pienso, siempre fueron los hechos los que marcaron su camino.

¿Cómo olvidar aquellos momentos cuando de las manos de mi madre la veíamos participar en esos encuentros normalistas donde comenzó toda esta increíble aventura? ¿Cómo olvidar las preocupaciones de mi madre o padre porque su hija se había ido a realizar sus prácticas profesionales quién sabe a dónde? Y luego, la asignación de su plaza. El momento más esperado, pero también el más temido, porque en aquellos años los nombramientos se daban fuera de su lugar de origen; al fin de cuentas, recién había egresado. Afortunadamente, su buen promedio la llevó a ocupar un lugar en alguna de las rancherías de su estado, nuestro estado.

Recuerdo con verdadera admiración y aprecio cómo, desde el primer día, su entrega y compromiso fue total. Dicen que hay perso-

nas que llevan la vocación en la sangre y mi hermana es el más claro ejemplo.

Casi siempre en primero o segundo grado, pero nunca le pregunté, y creo que nunca lo haré, el porqué de esa decisión. Seguro estoy de que un ángel siempre acompañaba sus pasos y que ese mismo ángel le tendía sus brazos para que acompañara el andar de sus pequeños con el trato afable y la dulzura que siempre impregnaba.

Cómo no recordar aquellas imágenes de ella, ya sea acostada en el piso boca abajo realizando algún material o sentada leyendo un libro; siempre preocupada y ocupada por el aprendizaje de sus niños.

Es curioso, pero nunca le he dicho que cientos o miles de veces la he puesto de ejemplo con mis alumnos, futuras maestras y maestros: *Miren jóvenes, yo conozco a una maestra que, con todos sus años de servicio, siempre está haciendo o pensando en algo para sus chicos. La edad y los años de servicio son eso, una unidad del tiempo que marca grandes destinos. Ustedes habrán de definir el suyo y el cómo quieren que las y los vean sus alumnos.*

Tengo claro que en unos años más habré de tomar la misma decisión que esta extraordinaria maestra. Encontrarme o no preparado es algo que no he pensado, porque siempre nuestro padre nos inculcó que la vida es un instante, y el instante para decir adiós parece que le ha llegado.

A diferencia de ella, de esta formidable maestra, yo no creo que se trate de un adiós definitivo a su carrera, que para muchos es su vida entera; la docencia, ese constructo inacabado nos lleva por otros senderos en los que habremos de seguir enseñando y aprendiendo. No tengo la menor duda: aquí, allá o acullá, siempre habrá el momento preciso para seguir enseñando, y ella lo seguirá haciendo, porque me consta que ama su carrera.

No, no es decir adiós; la escuela o las escuelas en las que transitamos a través de los años guardarán un pedazo nuestro. Por ello creo fervientemente que jubilarse es emprender un hermoso camino hacia otra institución que puede ser llamada familia o la vida misma; en cualesquiera de los casos, no existe un adiós ni un hasta pronto, porque

la inmortalidad solo se logra y se mide a través del reconocimiento de nuestros mejores jueces: nuestros alumnos.

Seguro estoy de que cientos de ellos recordarán con verdadero aprecio a la maestra Laila. Su legado se quedará grabado con enormes letras grandes de oro, porque sin lugar a equivocarme, ella, esta maestra, es un gran tesoro.

Con admiración y amor inmenso, hermana.